

DIPLOMADO EN LÍNEA RACISMO Y XENOFobia VISTOS DESDE MÉXICO.
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MÉXICO.
SURXE/ RED INTEGRA/ CEIICH/ CONAPRED

RESPONSABLE DEL TEXTO:
JAHIR NAVALLES GÓMEZ

TAREA. SESIÓN SEIS.
ESTEREOTIPOS, PREJUICIOS Y ESTIGMAS
EXPERIENCIAS AUTOBIOGRÁFICAS Y EJEMPLOS

David Bowie, fue mi ídolo en la adolescencia, pero inicialmente cuestionado en mi infancia, contaba con las siguientes características:

1. Europeo,
2. Inglés,
3. Occidental,
4. de tez blanca,
5. Rubio,
6. Privilegiado,
7. Artista reconocido,
8. “Genio” musical,
9. Virtuoso,

Mi rechazo en la infancia era con referencia a sus primeras exhibiciones, sus primeros performances o interpretaciones, donde “era él”, donde era evidente su asociación, por su indumentaria y la manera de presentarse en público como alguien más. Un común como todos.

La admiración juvenil detonó a partir de que el ahora reconocido artista fue rompiendo “esquemas” con respecto a quien era él mismo, con cada presentación o en cada disco cambiaba de personalidad, de atributos, de discurso, de preferencias, omitiendo su identidad primigenia, la de origen, pero intercambiándola por otras, igualmente atractivas y atrayentes.

Que no llegaban a crear estereotipos ya que ninguna se parecía a otra, razón por la cual, la admiración personal devino colectiva, al conocer e identificar a otros y otras y sí,

noveles otros, que se identificaban con algunas de las cuestiones, pero no con aquellas que yo había puntualizado.

Muchos de los nuevos admiradores de este personaje lo admiraban no por sus características físicas, ni por su lugar de origen y nacimiento, ni siquiera por la carga cultural que traía consigo, sino que, más bien, se enfocaban en sus cualidades “estéticas”, en su capacidad de transformación y originalidad. En sus romper moldes y tirarlos después para evitar una réplica o una mala imitación.

Hace pocos días me encontré con miembros de aquel grupo de personas que nos gustaba ese mismo artista, personas con las que nos juntábamos a socializar y que en algún momento te reconocías en ellos, ellas o ellos, cantando o tarareando alguna estrofa o fragmento de alguna canción de Bowie. Parecería que nos seguía gustando el mismo artista. Sin embargo, a alguien, en esa misma reunión se le ocurrió quitar el disco de Bowie que andábamos escuchando y lo cambio por una canción – la más famosa- de Harry Styles, y ahí fue donde comenzó el debate.

Alguien reclamó y el transgresor musical expuso lo siguiente: “De qué se quejan, si - ambos- son lo mismo”; y pues no. comenzó un debate sin cuartel. Algunos defendiendo a Bowie como alguien con experiencia y quien si supo hacer bien las cosas y no como sucedió con H. S. a quien se le reconoce una atribución situacional privilegiada que le permitió acceder a lo mismo, pero sin el esfuerzo respectivo.

Ahí, al puntualizar la discusión pareciera que, ambos, cumplen con los mismos requisitos, los requisitos que a mí me habían hecho admirarlo (y que ya fueron enumerados), porque eran los estándares asociados con el éxito, los mínimos para sobresalir en el escenario musical. Entonces comenzó una reflexión colectiva sobre estos, cuestionando si no habían sido estos prejuicios y esta estereotipia la que influyó en nuestros gustos y decisiones.

Alguien, más sensata que los demás, invitó a la reflexión sobre el tema, dándole un giro, dejó de mencionar a Bowie y comenzó a reivindicar a Prince. Dijo ella, que ahí si había punto de comparación con respecto a lo que como artistas producen sin considerar el privilegio asociado al origen, el tono de piel, el terruño donde se habría nacido. Resaltando las condiciones adversas y cómo, aún inmerso en estas, se lograba construir y consolidar un proyecto distinto en este escenario. Y cómo, también, la asociación

simple entre artistas europeos, desplazaba cualquier otra manifestación ubicándola como posterior a cualquier descubrimiento o aportación blanca, europea, occidental. En conclusión, comentamos que sí, H. S. puede ser muy creativo, pero para nada original, ya que muchas de sus expresiones eran (son) una réplica, una copia, una imitación, de lo ya conocido y culturalmente aceptado. La molestia, tal vez, fue su atribución unipersonal a la disidencia o a la otredad, dijo H. S. en su discurso cuando ganó el Grammy: “que nadie como él se habría esperado ganar ese premio”. Mmm... ¿en serio? Así fue, eso hizo.

De ahí que ahora me pregunte constantemente sobre lo que me resulta atractivo de mis ídolos de la infancia y de la adolescencia, muchos de estos, susceptibles de imitación, y como a partir de que esto suceda, de que se haga manifiesta una réplica o copia cercana a su personificación, estas develan los excesos, las atribuciones y la estereotipia, asociadas con su aceptación.